

Corpus Barga prosigue en *Puerilidades burguesas* —libro que continúa *Los pasos contados*, pero que puede ser leído también como un todo independiente— la empresa de contar su vida. Una vida española que comienza en las postrimerias del siglo xx, periodo de la infancia de su autor, y que es al mismo tiempo la de todo un mundo, de toda una sociedad reconstruida con trazos muy profundos. Pero lo que importa sustancialmente es la sensibilidad, el poderío evocativo, ayudado por una jugosa memoria, que el autor pone en sus recreaciones, presentándolas ante nuestros ojos con caracteres extraordinariamente frescos e inmediatos. Reconociendo estos y otros valores la crítica de *Los pasos contados* ha sido excepcionalmente elogiosa. «El libro es un prodigio. Nos atrevemos a asegurarle un puesto de honor en nuestra producción literaria contemporánea.» (Antonio Tovar. *Gaceta Ilustrada*. Madrid.) «El tiempo tiene en esta obra, de insólito valor literario, un papel de primerísimo orden. El pasado, el presente y el futuro irrumpen en el relato dotándolo de una atrayente movilidad.» (María Scuderi. *Revista de Occidente*. Madrid.) «Queuara incorporado definitivamente a la literatura española, tan escasa en obras de este género.» (María Scuderi. *Cuadernos de París*.) «Resultaría difícil definirlo, catalogarlo dentro de un género. Tiene el libro páginas insuperables.» (Concha Castroviejo. *Informaciones*. Madrid.) «La prosa conversacional, de hombre que escribe hablando, siguiendo el sinuoso fluir del torrente memorista, lleno de imágenes, sombras y sonidos.» (José Miguel Oviedo. Suplemento dominical de *El Comercio*. Lima.) «Un libro que sin duda no tendrá nunca final y será siempre nuevo.» (Sebastián Salazar Bondy. Suplemento dominical de *El Comercio*. Lima.) «Como buen periodista no hace del relato subjetivo el centro de estas páginas. Tiene que ser objetivo. Y por eso da noticia a cada momento, como si hiciera el inventario de sus primeros años, en función de las cosas y de las personas

Corpus Barga

# PUERILIDADES BURGUESAS



COLECCION EL PUENTE



EDHASA

*Colección*  
**EL PUENTE**

Volúmenes publicados

- RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL EN TORNO AL POEMA DEL CID  
*Segunda edición*
- GUILLERMO DE TORRE MINORIAS Y MASAS EN LA  
CULTURA Y EL ARTE CON-  
TEMPORÁNEOS
- JOSÉ FERRATER MORA TRES MUNDOS: CATALUÑA,  
ESPAÑA, EUROPA
- GAZIEL CASTILLA ADENTRO
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA EL SECRETO DEL ACUEDUCTO
- CORPUS BARGA LOS PASOS CONTADOS: UNA  
VIDA ESPAÑOLA A CABALLO  
EN DOS SIGLOS
- FRANCISCO AYALA DE ESTE MUNDO Y EL OTRO
- GERMÁN ARCINIEGAS ENTRE EL MAR ROJO Y EL  
MAR MUERTO. GUÍA DE IS-  
RAEL  
*Segunda edición*
- JULIÁN MARÍAS EL TIEMPO QUE NI VUELVE  
NI TROPIEZA  
*Segunda edición*
- MAX AUB EL ZOPILOTE Y OTROS CUEN-  
TOS MEXICANOS
- JUAN A. GAYA NUÑO EL ARTE EUROPEO EN PELI-  
GRO
- GAZIEL PORTUGAL LEJANO
- SALVADOR DE MADARIAGA RETRATO DE UN HOMBRE DE  
PIE
- PAULINO GARAGORRI DEL PASADO AL PORVENIR
- CORPUS BARGA PUERILIDADES BURGUESAS

CORPUS BARGA

# LOS PASOS CONTADOS

Una vida española a caballo en dos siglos  
(1887-1957)

II  
PUERILIDADES BURGUESAS

E.D.H.A.S.A.  
BARCELONA BUENOS AIRES

1954 225 PÁGINAS

## PRIMERAS LETRAS, PRIMERAS ARMAS

Dos hojas de una puerta como después, en toda mi *la alta* vida, no he visto otra ni de palacio ni de catedral que *puerta* me pareciera tan alta, nos abrieron a mi hermano Rafael y a mí la entrada a la escuela. Fue la última alta puerta del mundo hundido de nuestra niñez. Por la que había de pasar no ya un siglo —desde luego el XIX— sino todos los siglos que pasan con la infancia. Una vez traspuesta, cambió nuestra visión del mundo. Era, sin embargo, la puerta de la sala de un colegio modesto instalado en dos pisos de una casa vieja y sucia, medio al aire porque faltaba la casa de al lado, en una calleja desdentada y seca, a pesar de que se llama pomposamente como la reina de las flores, que va de la calle de Trujillos a la plaza de Santa Catalina de los Donados. Conviene recordar, porque ya no se acordará nadie, que se llamaba donados a los sirvientes de *los donados* las órdenes religiosas mendicantes, las que en principio debían vivir con más pobreza. ¿Designaban a estos miserables los donados de esa Santa Catalina o se trataba de los generosos donadores de sí mismos y de sus bienes? «¿Quién tiene los donados?», nos estábamos siempre preguntando los chicos de aquel colegio. Una de las primeras cosas que aprendimos en él Rafael y yo fue a jugar a los dados, lo que abolió los juegos de nuestra casa. Todavía si hoy pido los dados en un bar tengo que contenerme para no hacerlo diciendo: «¿Quién tiene los donados?» Sin querer repetí la misma pregunta, y con gran éxito, en otro azar inocente de mi vida, como ya contaré, en el caso de que llegue la ocasión. Hay inexpressiones que se introducen en la circulación de la existencia y producen efectos mejor que si expresaran ideas elevadas, sentimientos hondos o sensaciones exquisitas: los donados de Santa Catalina, cuya capilla, de la cual recuerdo el mal olor, no sé si continuará aún en la plaza de su nombre. El cole-

IMPRESO EN ESPAÑA

Editora y Distribuidora Hispano Americana, © 1964  
Avenida Infanta Carlota, 129, Barcelona

N.º de Regtro.: 1.343-65

Dep. Legal B. 18.760-1965

EMEGÉ. - Enrique Granados, 91 y Londres, 98. - Barcelona

gio estaba en una casa oscura desde el portal, más oscura en la escalera y cuando se penetraba en el primer piso, la antesala era negra; la sala poblada de pupitres despintados y manchados de tinta parecía rechazar la luz de dos o tres balcones altos, con los cristales cegados y cerrados ya en octubre, al comenzar las clases; las buenas horas soleadas de los días de invierno y en primavera se abrían los cristales de arriba que dejaban volar hacia el cielo la mirada como la esperanza del preso y a veces dejaban entrar el sol y entonces retrocedían las sombras y se quedaban de espaldas en los rincones como los niños castigados. La negrura de la antesala continuaba a lo largo del pasillo en ángulo, desvanecida en la altura por la semiclaridad de los montantes o cortada verticalmente si se abría la puerta de alguno de los cuartos que había a uno y otro lado convertidos en aulas todos menos uno, en el que estaba el fogón frío y antipático de la cocina y al que íbamos para beber agua de un grifo imposible de cerrar bien, lo cual nos valía advertencias y regaños, o para encerrarnos en otro cuartito sin agua corriente pegado a la cocina y que los niños no podíamos nombrar en clase: cuando queríamos ir a él levantábamos dos dedos o los cinco de una mano, según fuera la importancia de nuestra necesidad (muchas veces, hay que reconocerlo, no existía necesidad alguna, era un pretexto) mientras el maestro, mirándonos con recelo a los ojos, interrogaba: «¿Es para ir al excusado o para jugar con el agua de la cocina?»; los niños teníamos que protestar: «No, no es para jugar con el agua, don Emeterio (o don Victoriano)», entonces el maestro decidía, era, desde luego, sobre todo don Emeterio, un experto en descubrir y penetrar, según se decía, la profunda hipocresía de la infancia, raras veces se equivocaba; por si acaso, si accedía, no olvidaba la advertencia: «No juegues con el agua, luego iré yo a ver el grifo». A medida que pasaban clases y años y se hacía uno mayor en el colegio, ese placer prohibido de jugar con el agua iba siendo sustituido por otro más arriesgado: seguir el pasillo hasta el final y meterse donde terminaba, en un cuartucho con forma de embudo, pleno de luz, en el que se veía en seguida todo, la ventana, una escoba y un cubo, no había más; la ventana daba al solar, los chicos mayores que estudiaban el bachillerato se des-

un solar  
madrileño

colgaban desde la ventana del segundo piso, pues éste era el de los mayores, y se marchaban de novillos. Cuando nos llegó la edad, mi hermano y yo lo hicimos más de una vez, pero no recuerdo cómo. Muy entrado en años, en uno de mis viajes de París a Madrid, un día que pasaba por la calle me asomé instintivamente a ese solar, sí, era todavía solar, no sé si habrán edificado ahora en él, la última vez que estuve en Madrid, durante la guerra civil, permanecía siendo uno de esos solares perpetuos que a nadie extrañaban en la desdentada capital de España. Pío Baroja sostuvo algún tiempo que Madrid, a diferencia de París y Londres, era una ciudad sin misterios y que por eso resultaba difícil escribir una novela madrileña. Los solares perpetuos de Madrid poseían su misterio. ¿Por qué en el centro de la ciudad, a dos pasos de la Puerta del Sol, ha podido haber durante tantos años, por lo que yo puedo contar más de medio siglo, quizá más de un siglo, acaso nunca se ha edificado en él, un terreno cerca de la Puerta del Sol, el centro entonces y hasta mucho después de la ciudad, sin que nadie le saque el provecho urbano que podía dar? ¿Qué testamentaria, pleito o historia se escondía en ese vacío? Cuando proclamada la República volví a vivir en Madrid, me propuse averiguarlo, ya que no escribir una novela sobre ello; siendo director de un periódico, planeé un reportaje, yo no tenía tiempo para hacerlo y no encontré a ningún redactor que lo hiciera, ninguno lo tomó con empeño ni trajo dato ninguno de las diversas investigaciones que le indicaba con todo detalle que hiciera, hubiera terminado por encontrar tiempo para hacerlo yo, fue una de tantas cosas que, cual les ha pasado con las suyas a tantos españoles, me permito creer que habría hecho si no hubiese habido guerra civil. Los grandes acontecimientos carecen de frente, son monstruosos, pero qué buenas espaldas tienen para cargar con todas las culpas. La vez aquella que me asomé al solar, antes de la República, en uno de mis viajes de París a Madrid, me asomé instintivamente, porque estaba abierta la puerta de la valla. «Pase adelante, señor; ¿qué se le ofrece?», me saludó una mujer que estaba tendiendo ropa en unos cordeles. Pasé y hablé con ella. Era una lavandera, vivía allí con una cría de mocosos, en una casita de latas sostenidas con piedras,

*Los pasos contados* es una de las obras españolas que más han llamado legítimamente la atención —sobre todo del público “conocedor” en literatura— durante los últimos años. Tanto el primer volumen del título mencionado —que es además el general de toda la serie— como el subsiguiente, *Pue- rrilidades burguesas*, han obtenido los más favorables y unánimes juicios. Fueron considerados como la revelación —o más bien confirmación, pues Corpus Barga, merced a su leidísima obra de articulista en la España anterior a la guerra, y posteriormente en América ya tenía ganada extensa fama de un gran escritor. Su visión tan personal de la vida, el aire a la vez sutil, de enfadado y profundo que adquieren cuantos temas aborda, encuentra una cristalización definitiva en esta serie de libros que no hay hipóbole en calificar de excepcional. Se presentan como *Una vida española a caballo de dos siglos (1887-1957)*, es decir, como unas memorias, que no abarcan solamente la vida del autor sino de su tiempo, vista en sus aspectos más íntimos y entrañables. Pero en este tomo, en *Las Delicias*, diríase que la novela toma la delantera sobre las memorias o ambos géneros se confunden para mayor atracción del lector. Este se deleitará hallando las raíces históricas y sentimentales de muchos episodios actuales. Los personajes del relato aumentan, se entrecruzan y pertenecen a diversas clases sociales, desde la burguesía hasta el pueblo. En todas las páginas revive plásticamente como escenario capital un Madrid de comienzos de siglo, inverosímilmente pintoresco, evocado con relieve y verdad. El arte reconstructor de Corpus Barga y su memoria de las asociaciones dispersas le permiten reproducir con sorprendente fidelidad personajes, momentos y conversaciones; así la tertulia de Valle-Inclán, los Baroja, siluetas de anarquistas y otros tipos de una humanidad excepcional en sí misma y por desaparecida. ¿Memorias, novela? El lector gustará de esta mezcla sin mayores averiguaciones.

*Corpus Barga*

# LAS DELICIAS



COLECCION EL PUENTE



EDHASA

*Colección*

## EL PUENTE

*Dirigida por*

GUILLERMO DE TORRE

Volúmenes publicados

- RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL EN TORNO AL POEMA DEL CID  
*Segunda edición*
- GUILLERMO DE TORRE MINORÍAS Y MASAS EN LA  
CULTURA Y EL ARTE CON-  
TEMPORÁNEOS
- JOSÉ FERRATER MORA TRES MUNDOS: CATALUÑA,  
ESPAÑA, EUROPA
- GAZIEL CASTILLA ADENTRO
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA EL SECRETO DEL ACUEDUCTO  
CORPUS BARGA LOS PASOS CONTADOS: UNA  
VIDA ESPAÑOLA A CABALLO  
EN DOS SIGLOS
- FRANCISCO AYALA DE ESTE MUNDO Y EL OTRO  
GERMÁN ARCINIEGAS ENTRE EL MAR ROJO Y EL  
MAR MUERTO. GUÍA DE IS-  
RAEL  
*Segunda edición*
- JULIÁN MARFAS EL TIEMPO QUE NI VUELVE  
NI TROPIEZA  
*Segunda edición*
- MAX AUB EL ZOPILOTE Y OTROS CUEN-  
TOS MEXICANOS
- JUAN A. GAYA NUÑO EL ARTE EUROPEO EN PELI-  
GRO
- GAZIEL PORTUGAL LEJANO
- SALVADOR DE MADARIAGA RETRATO DE UN HOMBRE DE  
PIE
- PAULINO GARAGORRI DEL PASADO AL PORVENIR  
CORPUS BARGA LOS PASOS CONTADOS  
PUERILIDADES BURGUESAS
- MARÍA ZAMBRANO ESPAÑA, SUEÑO Y VERDAD
- MERCÉ RODOREDA LA PLAZA DEL DIAMANTE
- RAFAEL SANTOS TORROELLA DEL ROMÁNICO AL POP ART
- AZORÍN ULTRAMARINOS
- RAMÓN PÉREZ DE AYALA NUESTRO SÉNECA Y OTROS  
ENSAYOS

*(Continúa en la última página)*

CORPUS BARGA

## LOS PASOS CONTADOS

(una vida española a caballo en dos siglos)

(1887-1957)

IV

## LAS DELICIAS

(crónica madrileña de hacia 1906)

E. D. H. A. S. A.  
BARCELONA BUENOS AIRES

1967. 320 PÁGINAS

Estoy en el cuarto del polo norte de la casa, en el que he dormido, salvo las temporadas de verano o por alguna razón extraordinaria, todas las noches de mi vida, compartiéndolo, hasta que entró en la Academia de Artillería, con mi hermano Rafael, incluso durante las largas infecciones de la infancia, que las pasábamos juntos, cuando el doctor Carreras convertía este cuarto en un sanatorio donde nos aislaba y no podía impedir, si era un crudo invierno carpetovetónico, la calefacción de un brasero que estuvo cierta vez a punto de asfixiarnos a nosotros y a nuestra enfermera, una antigua nodriza que seguía viniendo a vernos, aquella ama Ángela de nariz de patata en su rostro arrugado como la tierra y pañuelo de cabeza que no se quitaba nunca porque era calva y enseñándosela de repente una noche a la luz del farol asustó a un soldado que la seguía con malas intenciones, mientras su hija, en cambio, qué real moza, como decían, una cigarrera casada con un barbián de los barrios bajos... Ciertamente que, en este aspecto clínico, el doctor Rubio había convertido antes el cuarto en sala de operaciones para hacerme la operación de la mano, pero sin duda no es de este momento del que me he acordado sino del otro con el ama Ángela que es el que puede haberme hecho acordarme de su yerno el barbián, en quien he visto entonces el hombre necesario. No puedo decir si he apagado o he tenido encendida contra todas las recomendaciones («no la tengas encendida más de lo preciso, es de diez bujías») la bombilla pendiente del techo y sin pantalla, no recuerdo haber visto manchas brillantes en el estuco de las paredes; me inclino a opinar que hice lo primero para estar más pronto. Evidentemente no me he desnudado, no iba a hacerlo teniendo la oreja alerta, con el hueco dispuesto a recibir la voz, esa voz seguida generalmente del pitido de un tren, desgarrador

en mi oído. Es plausible por tanto que durante la espera haya pensando en cómo también la estaban esperando todos los sábados, en los trópicos de la casa, dentro del gabinete gris de chimenea francesa donde ardían los buenos leños gruesos y cortos que les sacaban la lengua, mis padres, mis hermanas, algún pariente o amigo y, desde luego, nuestro vecino don Alvaro Jiménez de Sotomayor con su sobrina Isabel: «—Poco debe faltar para el pregón. —A ver si ya hoy no se oye. —Es una tontería, pero cada vez me extraña más oírlo. —A mí también. —¿Quién podrá comprar cañamones a estas horas? —Hay gente para todo. —Puede ser otra cosa, por ejemplo: el santo y seña del centinela de algún garito. —¡Hombre!, hoy contaba en el Senado el gobernador que va a empezar otra vez una campaña contra el juego, parece que se juega en todas las calles... —Este Madrid, que era tan tranquilo, se está echando a perder. —En nuestro tiempo no faltaban las casas de juego, ¿eh? —Lo malo no es que se juegue, sino que los garitos clandestinos no pagan contribución, es lo que le preocupa al gobernador. —Qué cosas. —No tiene mejor ingreso la Beneficencia. —En el Hospicio llevan meses sin pagar al director de la banda de San Bernardino. —Que se meta él a su vez en el Hospicio. —No lo toméis a broma, la miseria de Madrid, no sé cómo decirlo, asusta ir a dar limosna a los niños... —¡La. —Ya. —ca. es. —ña. —tá. —monera aa! Cañamones.» Así en el gabinete gris, algún sábado le he oído pregonar entrecortado por la exclamación «¡Ya está!», que estaba esperando en los labios de los contertulios. «¡La cañamoneraaaa!, cañamones». Hala, ahora es de verdad, qué de lejos se oye, pero en el gabinete gris se oye antes. Hoy no espero el pitido.

En el año mil novecientos y pico sonaban mucho los pregones en Madrid. Se les oía muy distintamente. Sus gritos cargados de afectividad, no sólo en los oídos desgarrados, tiernos, hondos, sino como viniendo de muy lejos, recorrían las calles, atropellados a veces por la carrera de un coche «simón», zarandeados otras por el bamboleo de una carreta de bueyes o el traqueteo de un carro tirado por tres o cuatro mulas de reata. Los juramentos de los carreteros los asesinaban. Los chillidos de una vecina que llamaba a otra o al chico, los atravesaban de parte a parte. El coche de lujo con llantas de goma apenas si los

pateaba con los cascos del ligero tronco de caballos. El ómnibus o el tranvía lo había en pocas calles; ahora, en las que lo había, machacaba o aserraba a los pregones más gallardos. Si las graves campanas de las iglesias y los conventos volcaban sus toneladas de silencio sólido, monolítico, al pasar ellos, los sepultaban vivos, les hacían inauditos. Salvo en estos momentos excepcionales en que se oían las horas, el tiempo, los pregones, rotos y todo, lucían sus líneas sonoras, se deslizaban en el aire como cohetes, eran los fuegos artificiales del oído. Corrientemente, el organillo haciendo bailar las monedas que le tiraban por los balcones y rebotaban en las aceras y los adoquines al son de sus pasodobles y sus chotis, lograba meter a los pregones en las alcantarillas. Pero cuando este chulo dejaba libre la calle, el pregón era el divo del arroyo, se cruzaba altanero con el violín o la flauta del músico ambulante, encuentro sentimental de la música noble venida a menos y la voz del mercado que señorea, modulándose en gorgoritos, en versos de geografía bucólica, nostálgica dentro de aquel Madrid callejero con más cacharrerías que árboles, tan cerrado y sin perspectivas campestres: el infantil «¡Moras, moritas, moras!», el femenino «¡Y rábanos!, rabanitos como el agua, tiernos», el masculino. «¡Buen requesón de Miraflores y a pruebaaa!», el ambiguo «¡La fresa de Aranjuez, la fresaaa!», los hombres maduros «¡Al buen arropo manchego, al buen arropo!», «¡Miel de la Alcarria, miel!», y el primaveral, el mozo «¡La buena planta de claveles dobleees!». Estos ecos subían de las calles de adoquines y ladrillos. En la Puerta del Sol subían tantos pregones que no se oían, había que acercarse, pasar por delante de cada uno de ellos para oírlo, estaban estancados, se abrían en ondas, formaban corros, pero no corrían, sus pregoneros no eran andantes, marcaban el paso todo el día sobre las mismas losas como buenos cortesanos y ellos, los pregones, en vez de bucólicos, como los de las calles, eran cortesanos también y aromáticos e íntimos para las vírgenes y las que iban a dejar de serlo, las novias: «¡Nardos, nardos!», con su fragancia nocturna en las capillas y las alcobas, o para otros usos «¡Papel de Armenia!», que se oía y olía, pues lo pasaban quemado por debajo de las narices, olía, aun en plena Puerta del Sol, a perfume hasta cierto punto oriental mezclado al olor del

*perspectivas de voces*



## “ Los pasos contados ”, de Corpus Barga

CORPUS BARGA es el seudónimo del gran periodista internacional cuyas crónicas —siempre incisivas y de alto vuelo— aparecieron asiduamente en grandes diarios y revistas de Madrid, tales como *España*, *El Sol* y la *Revista de Occidente*; y en *La Nación* de Buenos Aires. La sola mención del nombre verdadero y casi completo de este escritor —Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna— nos habla ya de una antigua e ilustre familia española.

Después de largas estancias en Madrid o en París —donde actuó como corresponsal de prensa en « años azarosos y catastróficos » (basta con citar las dos grandes guerras mundiales), Corpus Barga se trasladó a Lima, donde reside desde entonces y donde dirige la Escuela de Periodismo, adscrita a la famosa Universidad de San Marcos. Espectador alerta de los hechos más salientes y conocedor penetrante de grandes personalidades de nuestra época, su extraordinario bagaje de experiencias políticas, sociales y literarias fue vertiéndose en innumerables artículos a lo largo de más de media centuria. Y en este bagaje no faltó tampoco la participación directa en proezas aureoladas de peligros entonces inéditos : me refiero a la aventura del primer vuelo París-Madrid, en aparatos sin cabina y sin brújula. También, al primer viaje en *zeppelin* a la América del Sur y, además, a su otro viaje a la lejana isla chilena de Juan Fernández.

Ahora, cumplidos ya sus setenta años, publica un libro originalísimo : *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos* (1887-1957). Este hecho resulta sorprendente. ¿Por qué? En primer lugar, dejando a un lado momentáneamente la gran calidad de la obra, porque este auténtico escritor aparentó siempre no serlo ; más aún, pareció despreciar —en lo referente a sí mismo— la literatura, al extremo que sólo publicó una primera novela, *La vida rota*, cuya

edición destruyó, y un libro de relatos donde campea un humorismo negro : *Pasión y muerte. Apocalipsis*. A éstos habría que agregar *Un viaje en el año 19*, colección de artículos sobre la proeza aérea antes aludida, artículos que fueron recogidos no por él, sino por Juan Ramón Jiménez, en una edición a su costa, « primorosa y privada », según se nos dice en el prólogo de *Los pasos contados* (Editorial E.D.H.A.S.A., Barcelona-Buenos Aires, 1963). Hay además, en este prólogo, declaraciones que subrayan mi asombro ante el desdén literario de que hablabá. Por ejemplo, las siguientes : « El artículo en España es un género literario que los historiadores de la literatura se niegan a reconocer (hasta que se publica en libro), no sé si con razón o sin ella... ». « Soy un articulista profesional —agrega Corpus Barga— que lleva cincuenta años de labor y no ha tenido todavía la curiosidad de coleccionar o aprovechar ninguna parte de sus artículos, caso tan poco frecuente que en el medio siglo de mi vida de escritor no he conocido más que uno, entre los escritores españoles, el mío. »

Desdeñoso, por lo tanto, de su obra y, concomitantemente, de todo aquello que pudiera perpetuar, en cierta forma, la voluble fama humana. Sin embargo, la aparición de *Los pasos contados* parece contradecir su antigua actitud. Porque este libro es algo más que una obra cuya paternidad se reconoce a determinado autor : es, simultáneamente, la relación estética de la vida de su mismo progenitor. ¿Se trata, en consecuencia, de una autobiografía? No ; *Los pasos contados* pertenece mas bien al género de las memorias. Hay en este libro « Vida, pero no autovida ». Claramente lo expresa Corpus Barga en el prólogo : « Las memorias vienen a resultar lo contrario de la autobiografía. En la autobiografía todo se reduce a uno ; en las memorias, la autobiografía no es solamente de uno, ni siquiera de uno y de todo lo demás, sino

de uno en todo lo demás. El quid de las memorias se esconde en este 'en', en cómo funciona o viva la articulación del hombre y lo que sucede (me permito llamar la atención del lector sobre que no he escrito : lo que le sucede, no he escrito el 'le'). » Y como « la vida se teje en todos los instantes », las memorias —agrega— deben ofrecer al lector ese tejido, « en vez de limitarse a recordar los hechos y las personas que son considerados importantes o curiosos a posteriori ».

En *Los pasos contados* no se trata, pues, del solipsismo exhibicionista de un *ego* exclusivo y excluyente. El espíritu se abre aquí a múltiples perspectivas, proyectándose generosa e inteligentemente en los variados panoramas que ellas le ofrecen. Pero no todo es cuestión espacial ; el tiempo tiene en esta obra un papel de primerísimo orden. Sobre espejos de memoria —en este caso privilegiada— van reflejándose disparas escenas, siguiendo órdenes arbitrarios, aunque artísticamente valederos, más aún, de gran eficacia en la narración. La linealidad, en consecuencia, se quiebra a menudo, y el pasado, el presente y el futuro —más certeramente, pues todo es pretérito, deberíamos hablar del pasado un pasado más remoto y otro más reciente— irrumpen en el relato, dotándolo de una atrayente movilidad. ¡Alquimia o simultaneidad temporal cargada de sugerencias! El tiempo —a semejanza de inquietas cabras— salta sobre arriesgados riscos, triscando aquí y allá los pastos más sabrosos, sin desfallecimientos y con verdadero donaire.

Pluma en mano, Corpus Barga se lanza « à la recherche du temps perdu ». El reencuentro se produce cuando, del apretado ovillo de recuerdos, comienza a extraer hilos multicolores y cada uno de ellos se transforma en la cristalización de una vívida escena o en la aparición de un personaje de inolvidable relieve. La reviscencia del pasado alcanza siempre gran dimensión estética, valiéndose para ello de un estilo rico en formas expresivas. Pero, en ciertos pasajes, este estilo permite ser calificado de « muñeca rusa », es decir, que se muestra semejante a ese juego de ocho muñecas cada vez más pequeñas, que encajan perfectamente las unas en las otras. De igual forma, sus largos incisos están compuestos por oraciones ensambladas dentro de otras y, además, por prolongados paréntesis. Si bien en algunos casos este estilo podría resultar algo fatigoso, en general resuelve el problema de decir muchas cosas en breve espacio, permitiendo así una síntesis inalcanzable por otro medio.

Indudablemente, *Los pasos contados* posee en sus dos partes —« Mi familia » y « El mundo de mi infancia »— páginas de extraordinario valor. En ellas se cuenta o, mejor, comienza a

contarse (piénsese que éste es sólo un primer tomo de las memorias) « la historia de una de las familias españolas hidalgas, de nobleza media, que han ido desarraigándose hasta perder sus bienes raíces y formar una burguesía ociosa y burocrática, de la que intentaron libertarse los miembros que se dedicaron a las profesiones liberales ». En la primera parte, el capitulillo « La vida de un jugador » (reconozco que uso la palabra « capitulillo » impropriamente, puesto que la obra es un todo continuo, conjuntivo, que —para orientar al lector— sólo se permite breves rótulos colocados al margen de la página), el capitulillo « La vida de un jugador » —repite *malgré tout*— es de un gracejo y una donosura inimitables. El diálogo suscitado entre el señorito Leopoldo y su criado Canseco resulta, en verdad, delicioso. Por otro lado, en « Pastoral madrileña » el don pictórico de Corpus Barga se muestra con riquezas insospechadas. El paso nocturno de los ganados trashumantes por Madrid, a través de la calle Alcalá, daba motivo a una fiesta callejera a la que acudía ruidosamente el pueblo. El cuadro formado por ovejas, mastines, zagales y rabadanes en continuo movimiento, las farolas nocturnas produciendo el deslumbramiento de hombres y bestias, las expresiones chulescas... todo va adquiriendo con el avance de la noche una vivacidad creciente, hasta convertirse en orgía « espesa y vertiginosa ». Corpus Barga acierta a transmutar este cuadro en palabras tan sabiamente escogidas que el lector cree ser un espectador más de la animada escena.

Otra de las páginas más logradas de *Los pasos contados* es, a mi parecer, aquella en que se describe « La feria de los regalos », o sea, la fiesta que la infanta Isabel ofrece a los niños pertenecientes a familias de la buena sociedad madrileña que veranean en La Granja, residencia de estío de los reyes, cercana a la ciudad de Segovia. La rebelión de los niños ante los juguetes con los cuales habían sido obsequiados (y que no eran de su agrado) posee gracia y frescura, virtudes que culminan con la exclamación de un « respetable » señor allí presente : « ¡Adónde vamos a ir a parar, don Félix! ¡Qué tiempos se preparan! Incluso los niños regalados se insubordinan. »

Hay en todo el libro la evidencia de la maceración de las cosas en un recuerdo entrañable. Corpus Barga hurga tiernamente en su memoria, jerarquizando lo trivial por la riqueza del análisis y dándonos un mundo de auténtica sustantividad y real interés. Pero... ¿por qué se llama esta obra *Los pasos contados*? ¿Dónde reside la razón de su título? Quizá la explicación esté dada en la página 177, cuando, ante la sorpresa de oír unos « golpes sordos, quedos, como muy lejanos pero repetidos » debajo de la habitación

de la abuela, los criados de la casa se dicen a media voz que tales golpes son « los pasos contados de la muerte ». Con lo cual —si tomamos esta última frase como clave de significado— Corpus Barga coincidiría con su sobrino, el genial Ramón Gómez de la Serna, quien en el prólogo de su biografía viene a decir algo muy semejante : « Título este libro *Automoribundia*, porque un libro de esta clase es más que nada la historia de cómo ha ido muriendo un hombre y más si se trata de un escritor al que se le va la vida más suicidamente al estar escribiendo sobre el mundo y sus aventuras. »

Y ya que nombré a Ramón, diré al pasar que, tanto él como Corpus Barga, aun poseyendo muy distintas personalidades, tienen, sin embargo, algunos puntos de coincidencia en los respectivos —y muy distintos— relatos de sus vidas. Por ejemplo las páginas sobre « San Estero » y « La capital del reino de los criados », de *Los pasos contados*, donde se nos habla de la colocación de las alfombras sobre los pisos de ladrillo al comenzar el invierno y de los vasares adornados con papeles picados, se corresponden con los capítulos XIII (« La cocina y los papeles de los vasares ») y XXVIII (« Los sempiternos esteros ») de *Automoribundia*. ¿Puede sorprendernos que ambos escritores hayan observado y descrito con igual ternura iguales hechos o cosas? De ninguna manera. No en vano los dos pertenecen a la misma familia y no en vano también se hallaron inmersos en la misma época y, durante la infancia —única edad que alcanza el libro de Corpus Barga—, en el mismo escenario : la ciudad de Madrid.

Por último, agregaré que, ante *Los pasos con-*

*tados* —obra tan cabalmente realizada— sólo cabe desear la pronta publicación de los tomos que continúan estas memorias para que el lector pueda acrecentar el gozo que ahora experimenta. Y añadiré todavía que Corpus Barga no se ha equivocado cuando en el prólogo nos dice : « Ciertamente, si para un escritor que ha publicado muchos libros, sus memorias suelen ser un libro más, una materia más de que hablar o la única que le queda habiéndosele agotado las otras, para el que no ha publicado ninguno o ha publicado pocos y poco leídos, sus memorias pueden ser su libro. » *Los pasos contados*, aunque es sólo una parte de sus memorias, es ya —a no dudarlo— su libro y, lo que él quizá no se atrevió a imaginar, el libro que quedará incorporado definitivamente a la literatura española, tan escasa en obras de este género.

MARIA SCUDERÍ

### Dalmiro A. Sáenz : « Treinta treinta »

UN VIEJO DELINCUENTE RURAL, enfermo de muerte, que decide que su hijo lo asesine para que pueda ser alcalde y dueño del pueblo junto al que se cumple la ejecución. Un matón a sueldo que se enamora, cree descubrir que su última víctima es el para él aún no conocido padre de su novia y huye, mientras el lector es informado de que el padre está en realidad en el hospital por un ataque de apendicitis. Un marinero que recoge a bordo a una prostituta cuyo idioma no entiende y que en alta mar es asesinado por otro marinero, el cual decide transformarse en rufián de la mujer. Tales son los argumentos típicos del último volumen de cuentos (editado por Emecé, Buenos Aires) de Dalmiro A. Sáenz. A ello hay que añadir una abundante ornamentación de actos sexuales, armas, delitos, cabalgatas, torturas, crímenes, peleas y un suicidio. La escritura es rudimentaria e inexpressiva, con ocasionales apagones en la inteligibilidad cada vez que el autor decide desplegar su particular versión de la prosa faulkneriana. Lo que más llama la atención es el completo descuido del autor en cuanto a la verosimilitud en la realización de sus relatos : es obvio que concibe abstractamente la « idea » a narrar y se desentiende luego de las exigencias de realidad en la encarnación, a fin de que el efectismo alcance el grado máximo. Todas estas características hacen que el libro quede en un nivel comparable al de las historietas de aventuras. Y ese nivel obliga a descartar la obra como objeto digno de atención para la crítica literaria.

SI, SEÑOR, SE ESTA CORRIENDO LA SEGUNDA EDICION



de uno en todo lo demás. El quid de las memorias se esconde en este 'en', en cómo funciona o viva la articulación del hombre y lo que sucede (me permito llamar la atención del lector sobre que no he escrito : lo que le sucede, no he escrito el 'le'). » Y como « la vida se teje en todos los instantes », las memorias —agrega— deben ofrecer al lector ese tejido, « en vez de limitarse a recordar los hechos y las personas que son considerados importantes o curiosos a posteriori ».

En *Los pasos contados* no se trata, pues, del solipsismo exhibicionista de un *ego* exclusivo y excluyente. El espíritu se abre aquí a múltiples perspectivas, proyectándose generosa e inteligentemente en los variados panoramas que ellas le ofrecen. Pero no todo es cuestión espacial ; el tiempo tiene en esta obra un papel de primerísimo orden. Sobre espejos de memoria —en este caso privilegiada— van reflejándose dispares escenas, siguiendo órdenes arbitrarios, aunque artísticamente valederos, más aún, de gran eficacia en la narración. La linealidad, en consecuencia, se quiebra a menudo, y el pasado, el presente y el futuro —más certeramente, pues todo es pretérito, deberíamos hablar del pasado un pasado más remoto y otro más reciente— irrumpen en el relato, dotándolo de una atrayente movilidad. ¡Alquimia o simultaneidad temporal cargada de sugerencias! El tiempo —a semejanza de inquietas cabras— salta sobre arriesgados riscos, triscando aquí y allá los pasos más sabrosos, sin desfallecimientos y con verdadero donaire.

Pluma en mano, Corpus Barga se lanza « à la recherche du temps perdu ». El reencuentro se produce cuando, del apretado ovillo de recuerdos, comienza a extraer hilos multicolores y cada uno de ellos se transforma en la cristalización de una vívida escena o en la aparición de un personaje de inolvidable relieve. La reviscencia del pasado alcanza siempre gran dimensión estética, valiéndose para ello de un estilo rico en formas expresivas. Pero, en ciertos pasajes, este estilo permite ser calificado de « muñeca rusa », es decir, que se muestra semejante a ese juego de ocho muñecas cada vez más pequeñas, que encajan perfectamente las unas en las otras. De igual forma, sus largos incisos están compuestos por oraciones ensambladas dentro de otras y, además, por prolongados paréntesis. Si bien en algunos casos este estilo podría resultar algo fatigoso, en general resuelve el problema de decir muchas cosas en breve espacio, permitiendo así una síntesis inalcanzable por otro medio.

Indudablemente, *Los pasos contados* posee en sus dos partes —« Mi familia » y « El mundo de mi infancia »— páginas de extraordinario valor. En ellas se cuenta o, mejor, comienza a

contarse (piénsese que éste es sólo un primer tomo de las memorias) « la historia de una de las familias españolas hidalgas, de nobleza media, que han ido desarraigándose hasta perder sus bienes raíces y formar una burguesía ociosa y burocrática, de la que intentaron libertarse los miembros que se dedicaron a las profesiones liberales ». En la primera parte, el capitulillo « La vida de un jugador » (reconozco que uso la palabra « capitulillo » impropriamente, puesto que la obra es un todo continuo, conjuntivo, que —para orientar al lector— sólo se permite breves rótulos colocados al margen de la página), el capitulillo « La vida de un jugador » —repite *malgré tout*— es de un gracejo y una donosura inimitables. El diálogo suscitado entre el señorito Leopoldo y su criado Canseco resulta, en verdad, delicioso. Por otro lado, en « Pastoral madrileña » el don pictórico de Corpus Barga se muestra con riquezas insospechadas. El paso nocturno de los ganados trashumantes por Madrid, a través de la calle Alcalá, daba motivo a una fiesta callejera a la que acudía ruidosamente el pueblo. El cuadro formado por ovejas, mastines, zagales y rabadanos en continuo movimiento, las farolas nocturnas produciendo el deslumbramiento de hombres y bestias, las expresiones chulescas... todo va adquiriendo con el avance de la noche una vivacidad creciente, hasta convertirse en orgía « espesa y vertiginosa ». Corpus Barga acierta a transmutar este cuadro en palabras tan sabiamente escogidas que el lector cree ser un espectador más de la animada escena.

Otra de las páginas más logradas de *Los pasos contados* es, a mi parecer, aquella en que se describe « La feria de los regalos », o sea, la fiesta que la infanta Isabel ofrece a los niños pertenecientes a familias de la buena sociedad madrileña que veranean en La Granja, residencia de estío de los reyes, cercana a la ciudad de Segovia. La rebelión de los niños ante los juguetes con los cuales habían sido obsequiados (y que no eran de su agrado) posee gracia y frescura, virtudes que culminan con la exclamación de un « respetable » señor allí presente : « ¡Adónde vamos a ir a parar, don Félix! ¡Qué tiempos se preparan! Incluso los niños regalados se insubordinan. »

Hay en todo el libro la evidencia de la maceración de las cosas en un recuerdo entrañable. Corpus Barga hurga tiernamente en su memoria, jerarquizando lo trivial por la riqueza del análisis y dándonos un mundo de auténtica sustantividad y real interés. Pero... ¿por qué se llama esta obra *Los pasos contados*? ¿Dónde reside la razón de su título? Quizá la explicación esté dada en la página 177, cuando, ante la sorpresa de oír unos « golpes sordos, quedos, como muy lejanos pero repetidos » debajo de la habitación

de la abuela, los criados de la casa se dicen a media voz que tales golpes son « los pasos contados de la muerte ». Con lo cual —si tomamos esta última frase como clave de significado— Corpus Barga coincidiría con su sobrino, el genial Ramón Gómez de la Serna, quien en el prólogo de su biografía viene a decir algo muy semejante : « Título este libro *Automoribundia*, porque un libro de esta clase es más que nada la historia de cómo ha ido muriendo un hombre y más si se trata de un escritor al que se le va la vida más suicidamente al estar escribiendo sobre el mundo y sus aventuras. »

Y ya que nombré a Ramón, diré al pasar que, tanto él como Corpus Barga, aun poseyendo muy distintas personalidades, tienen, sin embargo, algunos puntos de coincidencia en los respectivos —y muy distintos— relatos de sus vidas. Por ejemplo las páginas sobre « San Estero » y « La capital del reino de los criados », de *Los pasos contados*, donde se nos habla de la colocación de las alfombras sobre los pisos de ladrillo al comenzar el invierno y de los vasares adornados con papeles picados, se corresponden con los capítulos XIII (« La cocina y los papeles de los vasares ») y XXVIII (« Los sempiternos esteros ») de *Automoribundia*. ¿Puede sorprendernos que ambos escritores hayan observado y descrito con igual ternura iguales hechos o cosas? De ninguna manera. No en vano los dos pertenecen a la misma familia y no en vano también se hallaron inmersos en la misma época y, durante la infancia —única edad que alcanza el libro de Corpus Barga—, en el mismo escenario : la ciudad de Madrid.

Por último, agregaré que, ante *Los pasos con-*

*tados* —obra tan cabalmente realizada— sólo cabe desear la pronta publicación de los tomos que continúan estas memorias para que el lector pueda acrecentar el gozo que ahora experimenta. Y añadiré todavía que Corpus Barga no se ha equivocado cuando en el prólogo nos dice : « Cierto, si para un escritor que ha publicado muchos libros, sus memorias suelen ser un libro más, una materia más de que hablar o la única que le queda habiéndosele agotado las otras, para el que no ha publicado ninguno o ha publicado pocos y poco leídos, sus memorias pueden ser su libro. » *Los pasos contados*, aunque es sólo una parte de sus memorias, es ya —a no dudar— su libro y, lo que él quizá no se atrevió a imaginar, el libro que quedará incorporado definitivamente a la literatura española, tan casa en obras de este género.

MARIA SCUDERÍ

Dalmiro A. Sáenz :

« Treinta treinta »

UN VIEJO DELINCUENTE RURAL, enfermo de muerte, que decide que su hijo lo asesine para que pueda ser alcalde y dueño del pueblo junto al que se cumple la ejecución. Un matón a sueldo que se enamora, cree descubrir que su última víctima es el para él aún no conocido padre de su novia y huye, mientras el lector es informado de que el padre está en realidad en el hospital por un ataque de apendicitis. Un marinero que recoge a bordo a una prostituta cuyo idioma no entiende y que en alta mar es asesinado por otro marinero, el cual decide transformarse en rufián de la mujer. Tales son los argumentos típicos del último volumen de cuentos (editado por Emecé, Buenos Aires) de Dalmiro A. Sáenz. A ello hay que añadir una abundante ornamentación de actos sexuales, armas, delitos, cabalgatas, torturas, crímenes, peleas y un suicidio. La escritura es rudimentaria e inexpresiva, con ocasionales apagones en la inteligibilidad cada vez que el autor decide desplegar su particular versión de la prosa faulkneriana. Lo que más llama la atención es el completo descuido del autor en cuanto a la verosimilitud en la realización de sus relatos : es obvio que concibe abstractamente la « idea » a narrar y se desentiende luego de las exigencias de realidad en la encarnación, a fin de que el efectismo alcance el grado máximo. Todas estas características hacen que el libro quede en un nivel comparable al de las historietas de aventuras. Y ese nivel obliga a descartar la obra como objeto digno de atención para la crítica literaria.

SI. SEÑOR, SE ESTA CORRIENDO LA SEGUNDA EDICION



INFORMACIONES

# de las ARTES y las LETRAS

SUPLEMENTO NUMERO 370

\*

JUEVES 14 DE AGOSTO DE 1975

\*

8 PÁGINAS

LOS CAMINOS DEL REPORTAJE Y LA RETORICA

## PERIODISMO, VANGUARDIAS, AVENTURA: CORPUS BARGA


Por Juan Pedro QUINONERO

**A**LGUNAS de las más perdurables aventuras expresivas de la lengua castellana escrita en nuestro país pasan por el periodismo. Azorín escribe toda su obra (incluso buena parte de sus novelas mayores, como «La voluntad») en los papeles públicos. Ortega fue fundador de un gran periódico, «El Sol», hijo de un gran director de periódicos (don José Ortega y Munilla), y su obra filosófica, en abrumadora proporción, se dio a conocer en los periódicos. ¿Y qué decir de Ramón Gómez de la Serna?... Hizo del artículo de periódico humor y metafísica, radicalismo vanguardista y memorialismo ele-



drid!) Y la prosa directa de Baroja, a mi modo de ver intenta en nuestra lengua el reportaje contemporáneo.

Estas tradiciones, y otras que intentaré recordar más adelante, se aglutinan en la obra de Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna, Corpus Barga (Madrid, 1887... el escritor eligió tal seudónimo por haber nacido el día del Corpus), ahora fallecido en Lima, donde dirigió la Escuela de Periodismo de la cuatricentaria Universidad de San Marcos. El hecho evidente de que las revueltas expresivas (capitales en la historia de nuestra sensibilidad contemporánea) que es posible rastrear en los sustratos de la prosa de Corpus Barga se consumen en el periodismo, a mi modo de ver es un fenómeno casi único en el marco de las literaturas europeas (y la obra de Joyce, Proust, Italo Svevo, Celine, no me dejarán mentir, aunque el caso de Karl Kraus, en Alemania, pudiera tener curiosas semejanzas). Y en este sentido, la horripilante prosa del periodismo de nuestros días tendrá, sin duda, un pernicioso e incalculable alcance, paralelo al alejamiento, casi masivo, salvo algunas excepciones, de los grandes creadores del periodismo activo, y el ig-



Loriga ha imaginado el imposible encuentro celebrado, cómo no, en «Revista de Occidente», donde se dan cita las grandes aventuras expresivas de nuestra prosa contemporánea... Azorín, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Corpus Barga, Ortega y Gasset, Pío Baroja, Valle Inclán... Corpus, cita y confluencia donde se juntan y se dispersan estas tradiciones, parece relatar en el imaginario encuentro su última aventura periodística...

norante desdén con que éste trata el estilo literario.

### NUDO DE TRADICIONES

Paradójicamente sólo conocemos un libro periodístico, un libro que recoja parte de la ingente labor de reportero y agitador espiritual de Corpus Barga: se trata del inencontrable «Un viaje en el año 19», que, editado por Juan Ramón Jiménez (y vuelvo a subrayar esta sólo aparente paradoja: el radical interés del más exquisito de nuestros poetas por el hecho palpitante de la crónica periodística), cuenta el primer viaje por avión de la travesía Madrid-

Paris, a bordo de un bombardero sin cabina y sin brújula.

Está todavía sin recopilar, sin historiar, la ingente labor periodística de Corpus, básicamente en «España», «El Sol» y «Revista de Occidente», más su labor para «La Nación» de Buenos Aires. Se trata de reportajes mitológicos en la historia del periodismo en lengua castellana (el entierro de Gorki relatado desde un avión) y de crónicas fundamentales para comprender los violentos seísmos espirituales que agitaron la Península durante las primeras décadas del siglo. Corpus entrevistó a los más célebres personajes, viajó a la chilena isla de Juan Fernández (donde se cuenta que vivió Robinson...), reseñó la aparición en París de la obra de Proust, participó activamente en el desmantelamiento del Museo del Prado durante la guerra (para depositar inapreciables tesoros en Ginebra, a la espera de una resolución del conflicto). Corpus fue testigo a todas luces privilegiado, y su obra periodística ofrece un inestimable material todavía inexplorado por historiadores de nuestra cultura.

## Francisco Ayala evoca la presencia de Corpus Barga en el Madrid de entreguerras

Por Miguel DE SANTIAGO

Cuando lei la noticia de la muerte de Corpus Barga yo estaba —y había estado días antes— repasando la colección del diario «El Sol» en la Hemeroteca Municipal, buscando un trabajo para otros propósitos míos...

Francisco Ayala —escritor, amigo y compañero de Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna, que por nacer el día del Corpus del año 1887 adoptó el nombre de Corpus Barga— viene a evocarnos con emoción los momentos en que las letras españolas están de luto porque la muerte ha arrebatado a un gran escritor. Ayala se encuentra aquí en Madrid haciendo un paréntesis en su habitual trabajo en Nueva York y nos habla de lo que representa Corpus Barga en la lite-

ratura española. Ayala es uno de los grandes maestros de nuestra novela.)

...y entonces yo me encontraba reviviendo con aquellas lecturas de las crónicas de Corpus una época que ha vuelto a mí de un modo muy vívido por una de esas trágicas casualidades que se producen en la vida. Era como si estuviera preparándome para la triste noticia de su muerte.

### CON AIRE EUROPEO

Yo conocí a Corpus Barga en Madrid por aquellas fechas o un poco más tarde (quizá

El tránsito de una prosa castellana caída en los últimos estribos modernistas, al espíritu de la modernidad (el tránsito que en poesía describe Juan Ramón desde sus primeros poemas hasta la prosa lírica de «Espacio») ese trance que Ortega captó con una sensibilidad nada común, incluso apropiándose de un vasto movimiento del que se convirtió en mentor y guía, tiene en Corpus una figura excepcional. Puede afirmarse que ningún otro prosista conoció como él las revueltas de esa poderosísima marea que todo lo arrasaría. Corpus, como periodista, nace al socaire de las invenciones realistas de la generación del 98, pero sabe captar, en toda su magna amplitud, el respeto que los modernistas confirieron a la metáfora y a la imaginación. Corpus, como Ramón, hace un periodismo desbordante de imaginación, donde la fuerza del estilo inventa e informa. es testigo y acró-

## PERIODISMO, VANGUARDIAS, AVENTURA...

(Viene de la primera página.)

bata que fuerza las noticias hasta la metáfora lírica.

### NARRATIVA Y DESMANES

No podía ser de otro modo en un autor que ya en 1908 publica un libro, «La vida rota» (cuya aparición completa se consumaría dos años más tarde), donde el poema, el humor negro, el relato, la inexistencia definida de un género literario, se convierte en una aventura intelectual, creo que única en su día. La leyenda cuenta que Corpus destruyó todos los ejemplares a su alcance de este libro. Cuando leí por vez primera ese libro, en los ejemplares que se conservan en la Biblioteca Nacional, poseían señas evidentes de no haber sido abiertos jamás por ningún ocioso lector.

En 1911 Corpus publica otro relato, «Clara Babel», que tampoco ha pasado a los manuales de historia de la literatura. En 1930 publica, en una colección dirigida por Julio Gómez de la Serna (donde aparece precisamente «Estación. Ida y vuelta», de Rosa Chacel), «Pasión y muerte. Apocalipsis». Este librito (no menos inencontrable) ya anuncia la vasta empresa de las Memorias de Corpus (y en una correspondencia privada Corpus me anunciaba que proyectaba escribir un texto explicando cómo algunas obsesiones de esa primera época se transformaron luego en la obra desmesurada de «Los pasos contados», y como el génesis de sus tareas memorialísticas se encuentra en esos breves relatos sepultados en el silencio sepulcral de las bibliotecas).

En 1947, ya en Sudamérica (corresponsal durante la guerra civil, en París, de «La Nación» de Buenos Aires, Corpus sólo regresó a España en esporádicos viajes, rodeados del silencio y la soledad, si se exceptúa el realizado en 1969, que tuvo una discreta repercusión en la Prensa nacional), aparece «La baraja de los desatinos», una hermosa novela publicada originalmente en el Perú y luego reeditada en Barcelona con otro título, «Hechizo de la triste marquesa» (Seix Barral). Según su autor, se trata de una reconstrucción sarcástica de un hechizo realizado

Podría citar el nombre de un editor madrileño que se negó a publicar en un solo volumen toda esa obra por pedir Corpus el aceptado 10 por 100 de derechos de autor. El editor, «por tratarse de reediciones» —¡esos libros no se han publicado hace cincuenta años y nunca tuvieron más de una edición—, sólo estaba dispuesto a pagar un 5 por 100 de derechos de autor, con un anticipo de 10.000 pesetas. ¿Para cuándo una historia de estos desmanes, tan proliferos en el mundo de la edición de los años 60 y 70?

### HACIA LA LITERATURA CLÁSICA

Es en 1963 cuando se inicia la publicación de «Los pasos contados», las memorias novelescas de Corpus, su obra capital, la que le valdrá su incorporación definitiva a la historia de la literatura clásica. La serie lleva por subtítulo «Una vida española a caballo de dos siglos», y consta de los siguientes títulos: «Los pasos perdidos (Mi familia. El mundo de mi infancia)» (1963), «Puerilidades burguesas» (1965), «Las delicias» (1967) (los tres títulos, publicados por Edhasa) y «Los galgos verdugos» (1973) (Alianza Editorial).

Si bien «Los pasos contados», en ocasiones, ha sido comparada a las memorias de Saint-Simon, a mi modo de ver las memorias de Corpus poseen una peculiaridad que, personalmente, no he descubierto en los relatos de ningún otro memorialista (de Chateaubriand a Josep Pla, aunque el autor catalán, en ocasiones, gusta demorarse en grotescas ficciones). Y se trata, digámoslo ya, de la irrupción de la fábula, lo novelesco, en la materia puramente histórica. ¿La influencia de Proust? ¿El desdén por las nomenclaturas literarias? Quede constancia de esta rara ejemplaridad.

Hasta «Las delicias», Corpus reconstruye, con una minuciosidad turbadora, el gran fresco de la vida pública nacional. La historia, su acontecer, guan las líneas maestras del relato. No obstante, y subrayaré lo ya dicho líneas arriba, en el estilo de Corpus se confunden las grandes aventuras expresivas de su tiempo: la «naturalidad» de Baroja, la precisión de Azorín, el amor a lo barroco y el esmero de Valle-

la se confunde con el recuerdo personal, la historia queda transformada en parábola.

### APOTEOSIS Y EPILOGO

El trayecto, el itinerario transcurrido por la memoria de Corpus en su vasta evocación, se iniciaba con el recuerdo de los ancestros y el transitar de una vida que no encuentra su último destino, que el libro (el texto que proliferaba en los volúmenes) convoca y somete a su fragmentario albedrío. Con «Los galgos verdugos», esa memoria se abandona definitivamente a cualquier norma que rija las leyes de su evocación, y el recuerdo y lo soñado, la historia y las alucinaciones, dejan de confundirse y apenas ser discernidas. Corpus, en cierto modo, revoca el antiguo proyecto de Gide: escribir el libro de alguien que escribe un libro sobre alguien que desea escribir un libro. Pero esa revocación se cumple en sentido inverso al del autor de «Los monederos falsos»... La experiencia de la escritura no nos remite a la duda de los propios signos, a la continuación de un viaje que confina con la cultura: por el contrario, la palabra de Corpus nos arroja a los infiernos exteriores, a la palabra.

Y el inusitado prosista que es Corpus estalla en esas páginas (que formalmente coinciden con el epílogo de «Los galgos verdugos»), donde su reflexión se cierne sobre el recuerdo y el material escrito decantado por la evocación. El destino de la escritura cumple su exorcismo y la palabra es redimida por sus cenizas... Porque cuando el alter ego del personaje central de «Los galgos...», el propio Corpus, después de años de ausencia, regresa a los parajes que el libro convocó en su devenir, advierte que la ficción creada por la memoria y las arquitecturas de palabras y ficciones creadas por el tiempo y las obsesiones, personas y cosas, que sirvieron de alimento a su recuerdo, se confunden ya en la certidumbre de una casa en ruinas cuyos patios han sido invadidos por la vegetación silvestre, y ante la fachada de la mansión donde, en las horas pasadas, creíamos estar poseídos por una pasión que nunca nos abandonaría, sólo se advierte (en el texto que reconstruye ese fracaso en el otro fracaso) la



de Felipe V, el «Hechizo...» marca una inflexión en el estilo literario de Corpus que pone en evidencia otras influencias o paralelismos que considero definitivos. Me refiero a la estirpe vallein-clanesca del relato y a unos aspectos culturales que pudieran relacionarlo con algunas parcelas de la obra literaria de Ramón Pérez de Ayala.

Secreta, olvidada, sepultada en el anonimato, la obra narrativa de Corpus es una síntesis armoniosa, un muestrero clarividente de algunas de las tentaciones más feraces que surcaron la prosa castellana de su tiempo. Aventura ejemplar, y así reconocido por los excepcionales testigos de una época, de Ramón Gómez de la Serna a Rosa Chacel.

(Posdata de este breve apartado: No sólo al olvido cabe la gloria del desconocimiento tan grave que pesa sobre las novelas de Corpus.

## FRANCISCO AYALA RECUERDA...

(Viene de la primera página.)

fuera el año 25 en la «Revista de Occidente», adonde yo solía ir todos los días a la tertulia de Ortega y Gasset, y en una de esas visitas pasajeras que hizo desde sus corresponsalías yo le vi con una especie de aire europeo, con una personalidad muy distinguida... Era algo así como una presencia de París en Madrid en aquel momento. Después, pocos años más tarde, cuando yo terminé mis estudios fui a vivir a Alemania durante un año, y —como a él le habían trasladado allí de corresponsal del mismo periódico— fue entonces cuando nos tratamos bastante e hicimos gran amistad.

(Los lectores saben que la Junta directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid, el pasado mes de mayo, acordó nombrarle periodista de honor a nuestro octogenario escritor. Él había dicho que su deseo era regresar a España, «morir definitivamente en Madrid». Pero no ha podido ser; la muerte ha segado su vida... a tiempo. Víctor de la Serna, presidente de la sociedad editora de INFORMACIONES, y Augusto Assia gestionaron el regreso desde Lima a Madrid del autor de «Los galgos verdugos», obra por la que se le otorgó en 1973 el Premio de la Crítica.)

Por entonces nos reuníamos todos a veces, junto con otros amigos —entonces Augusto Assia firmaba con su verdadero nombre, Fernán-

el poder de la metáfora de Ramón Gómez de la Serna, el rigor intelectual de Ramón Pérez de Ayala, la vocación divulgadora y de aristocracia espiritual de Ortega. Con tales raíces quizá hubiera sido lógico imaginar la apoteosis consumada en «Los galgos verdugos». A partir de «Las delicias», el discurso se fragmenta, la imaginación irrumpe en las memorias, la nove-



Corpus, un testigo privilegiado

dez Armento — de la profesión periodística en cafés de tertulia y charla. Miró usted, Miguel le voy a aclarar un poco lo que se ha escrito sobre nuestra pertenencia a la generación del 98. Por entonces había la generación del 98, por otra parte la novecentista (con Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Gabriel Miró... y Ramón Gómez de la Serna si le consideramos en cuanto a la edad, porque en su estilo era, sin duda, un precursor de las vanguardias, que como sabe eran una generación siguiente a los «Nova Novorum»....

(Por cierto, Corpus Barga — Andrés Chureta de la Barga y Gómez de la Serna — era tío de Ramón Gómez de la Serna, aunque, más o menos, ambos tenían la misma edad.)

### DIFÍCILMENTE ENCASILLABLE

Al amigo Corpus no le incluiría yo en el grupo de los «Nova Novorum». Difícilmente sería encasillable, porque estos castillos de las generaciones no son siempre válidos. Y él era una

personalidad diríamos que un poco suelta, independiente, libre. Como escritor —insisto—, Corpus Barga no se colocó nunca en ningún movimiento, sino que supo mantener su independencia. Por ejemplo, aquellas crónicas que escribía para «El Sol» eran de un estilo personalísimo y de unas dimensiones también muy personales (eran crónicas muy breves). Pero su novedad no era tanto formal como de visión del mundo en aquellas circunstancias que le tocó vivir. Es indudable que su pluma era excelente y muy flexible. Y como persona, ¿qué le voy a decir? Era un hombre que podía entenderse con todo el mundo.

(Corpus Barga ha muerto en Lima un día de agosto a consecuencia de una neumonía. Es la fría y escueta noticia. A su lado sólo estaban su hija Rafaela y su yerno Edmond Gabal. Pero nosotros podemos gozar del placer de la lectura de sus Memorias. Allí, su estilo inimitable y la fuerza de un narrador que siempre nos invitará a la vuelta a sus páginas.)

Creo que más que una obra en particular —aunque las «Memorias» últimas me parecen lo mejor— no debemos nunca destacar a un escritor por una obra concreta, sino por su personalidad original y moralmente valiosa —como era el caso de Corpus Barga—. Un hombre excelente, con una personalidad moral muy nítida, muy perfilada, independiente, ingenioso, en fin, un señor, un caballero (aunque sea éste un término que hoy no se use), un hombre con una gran dignidad y un gran dominio... Y lo hemos perdido.

## Corpus Barga, retorno imposible

El escritor español Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna ha tenido que morir en el exilio.



«Era su deseo regresar a España definitivamente, a fin de morir en Madrid», transmitieron, el 9 de agosto, desde Lima, los teletipos de la Agencia EFE. Pero, uno casi prefiere que se haya muerto lejos, en la altiplanicie peruana, lamiéndose en la soledad la llaga del destierro (como el lobo herido, de Alfred de Vigny), reclinada su cabeza (al fin tranquila, pero no más libre) sobre el espaldar andino, bruñido (al atardecer) de cóndores indómitos. Porque él, en la verdad de su corazón, ya estaba en España. (Sin necesidad de «vivir en Madrid», donde toca fondo la cuestión y que aún es lo difícil para según quién, lo que habría que propiciar entre todos.) Nunca dejó de estarlo. («No se cambia de país como se cambia de camisa y yo no cambiaría el mío aunque pudiera, pues considero que no se puede tener otro más hermoso», dijo poco antes de su segunda ausencia, doblemente irreparable, que motiva estas reflexiones.) Era España la que no estaba con él. Y a España, ahora, por justa

ley de las revanchas («quién la hace, la paga», ¿no sentencia, acaso, nuestro inmisericorde refranero?), le toca sufrir de su muerte en la distancia.

«Patriarca de la España peregrina» (esa patética, digna y avergonzante «tercera España de los exiliados, entiéndase), se le llamó desde esta España intramuros, que ha ido dejando muchos de sus mejores muertos a lo ancho de la tierra (y no sólo en la vez de los conquistadores, que a ello iban o se exponían, de Servet a Picasso, pasando por Blanco White, Machado, Falla, Juan Ramón, Guillén, Gómez de la Serna (por doble, sobrino de Corpus Barga), Américo Castro, Pau Casals...; desfile innumerable nutrido por sus más altos hacedores, que España (¿cómo pudo suceder?) apartó de sí hasta confundir su destino, convirtiéndolo en una ininterrumpida tragedia civil y en un gran guiñol histórico. (Terrible «España de siempre», y aún más por orgullosa de serlo, esta España enuncia-

da en los textos cual Moderna y Contemporánea, que anatémiza y margina, encastillada en un pasado con más afeites que los cuernos de un cuatreño y más trucajes que un filme danés, cuanto aperturismo a la Europa viva y al hombre histórico europeo se ha iniciado de la Restauración a aquí, cual sucedió antes en la hora de la Reforma; irremediablemente, parece, la misma del proceso al arzobispo Carranza, aún no cerrado, que incriminó, juzgo y condenó, en la figura de un hombre y la literalidad de un pensamiento, la dinámica total de un pueblo que se negaba al estatismo.)

—¿Por qué se fue Corpus Barga de España, en 1939? Bien sencillo: casi porque sí, como tantos. Impulsados, unos y otros, más por el temor al daño que pudieran infligirles que por los eventos de la culpabilidad del que pudieron causar. Ninguno, cual está paladinamente demostrado, en la vez concreta de quién nos ocupa. (Y si no se recuerda que en 1939 y en estas cosas del pensar las inflexibilidades dogmáticas acotaban con regla y cartabón los límites de la ortodoxia, vulnerados en cuanto se salía de lo escolástico y causales de delincuencia perseguible de oficio de incurrir en las entonces llamadas «funestas ideologías demoliberales».) Don Angel García de la Barga y Gómez de la Serna, que tales eran el patronímico y los apellidos de aquel tan buen caballero como egregio escritor, transpuso el puesto fronterizo de La Junquera en los últimos días de enero, cuando la gran diáspora indiscriminada, a trancos de esfuerzo y de amargura, ponía «tierra de nadie» (¡y era tan suya como del que más!) entre su cuerpo-único, movedizo y crujiente como una ola, y el vencedor-enemigo que avanzaba. Cuando España, partida de siempre en dos, aún vibrando en el vértigo traslaticio de su orgasmo sangriento, paría la tercera España itinerante. Y, lo que es peor (si algo peor cupiera), cuando las dos Españas de intramuros, convivientes hasta entonces, pese a todo, tuvieron que establecer su convivencia sobre un plano que pocas entidades nacionales han conocido: la dicotomía más absoluta entre los absolutamente vencedores y los absolutamente vencidos. El magma placentario en que viven, conviven y crecen las colectividades (o debieran), integrado por igual del ancho y sudoroso pueblo llano que de las minorías que tienen como arriesgado oficio el ser conciencia de su país, eso que neutraliza y funde, de una vez, lo extremoso y encontrado, potenciándolo a la verdadera unidad que es y porque vale el cotidiano ejercicio de convivir, se derramó en gran parte sobre geografías extrañas, convulso, desfibrado, estéril para lo comunitario y nacional. Y un país necesita de sus hijos, de

todos sus hijos, no sólo de los vencedores y de los muertos (*también discriminados*), para afrontar el destino que sigue y cumple. Quiérase o no.

¿Pudo evitarse esta diáspora extenuante y extenuadora? Parece que sí, en parte, cuanto menos, y aún a tiempo: cuando la aterrorizada ola humana apenas desflecaba su cansancio, su miedo friolento e innecesario, su hastío (*y ya su nostalgia*), poco más allá de la raya fronteriza, incierto cada cual de a dónde y cuándo iría, sin contar otras monedas que las de la caridad o del desprecio. (*En casa del Dr. Teófilo Hernando, en París, Indalecio Prieto, mediando el Dr. Marañón, propuso al general Barroso, agregado militar en la Embajada española, la entrega al gobierno del general Franco de los tesoros del yate «Vita», a cambio del regreso a España de aquellos quienes combatientes o civiles, no fueran responsables de delitos comunes. Mayoría, pues, de los exiliados, a todos los niveles sociales. Ni más ni menos, en consecuencia, que ese magma placentario en que se amalgaman los pueblos, que tanta falta nos hizo en aquella hora —y aun en esta— y que hubiera hecho innecesario, acaso, el tanto y tan dolorido hablar de reconciliación. Pero la propuesta, sometida a los más altos criterios, parece que no fue aceptada o que no pudo dársele viabilidad, por razones que dirá la historia. Que así se escribe: con sangre, silencios y palabras tardías.*) No obstante, por lo que fuese, la diáspora siguió su camino, adelgazadas sus filas a cada paso, perdiéndose los unos de los otros. Perdiéndose para España, todos, con sólo irse, primero. Perdiéndose luego en la muerte, éste tras aquél. Mientras se morían «los de abajo» (*Azuéla*) los de siempre «olvidados» (*Buñuel*), los sin nombre, aquí no pasó nada. Pero, sin tardar mucho (*los años lo traen todo, hasta el quitar*), comenzaron a morir los nombres señeros. («Aquí», para el entender de «aquí», importan más los nombres que los hombres, la representación que el ser que la comporta.) Entonces, ya fue otro el sentir: si dolorido, si exaltante, en la línea de nuestra conducta tradicional ante el enemigo que ya no puede combatirnos. (*Un poco de estilo «rendición de Breda», en lo que a ésta se le ha añadido de tópico.*) Y España, este país de fastos sepulcrales, reclamó sus muertos, o aún más, sus moribundos, con el gesto insólito (*pero «aquí» no*) del padre que perdona al hijo pródigo (*de caudales de inteligencia y de nostalgia, ahora*) tras pagar éste su perdón con la vida. (*Ya se sabe: los valores morales son inapreciables, y, por ello, quien los posee ha de hacérselo perdonar pagando con todo.*) Se inició así la disputa de los cadáveres: una suerte de «operación rescate» (*¿siniestra?, ¿redentora?*), pero esta vez con algo más que piedras ilustres y olvidadas. Conseguimos

hacernos con los restos de Falla. Se trajo, en precario de lo provisorio, a Gómez de la Serna y a R. J. Sender. Se permitió, con igual provisionalidad (*tan en tránsito y casi en la víspera del suyo último que bien pudo serlo éste*), el paso de Zamacois, de Max Aub, de Guillén de Castro. (*Les vimos, entonces. Era patético su no estar ni «aquí» ni «allá». Sus otros, y cual los de Corpus Barga, «pasos contados» en las tierras hijas-y-hermanas de América tiraban de ellos y los dividían, con injusticia salomónica. ¿O es que creímos que eran seres bifrontes, dotados para afrontar dos destinos? ¿O colosos de Rodas, capaces de emplazar un pie de su corazón en cada orilla de la mar, que para ellos lo era también de la vida, y de emplazarse ubicuamente en ella? No: eran seres humanos, sola y grandemente. Doloridos y partidos seres humanos.*) Nos queda aún pendiente (*y pensamos que por mucho tiempo*) el «rescate» de las cenizas de Machado, el de Madariaga, el infinito de Sender, el del «Guernica», unos sólo deseados y otros incluso prometidos, por la debilidad cordial de quienes se acercan a su fin y se inclinan al peso de más de media vida de nostalgias. Quieren volver, sí. O sí y no. (*Contradicciones de esos otros «pasos contados».*) Lo dicen y aun lo claman. Pero, ¿les oímos, acaso, cuando su voz se perdía en la erramada de los odios y de los recelos (*nuestros, más que de ellos*), o, simplemente (*y aún más triste*) de la ignorante indiferencia. El precio de un entierro de lujo, agonía y muerte incluidas, ya se sabe, o es de fácil tanteo. Lo que puede costar, y no sólo en dinero, una vida viva y actuante, será siempre una incógnita. Incluso, puede costarlo todo. (*La dinámica de una inteligencia, esto es lo que se teme, siempre y más.*) El muerto al hoyo, con antifonas, homenajes y cuanto se quiera, pues el póstumo (*o pre*) reconocimiento de sus valores a nada obliga y nada compromete, y el vivo al bollo de imponer sus razones sin la beligerancia de la contradicción. Así, por tarde y mal, nos hemos quedado sin rescatar el casi-cadáver de Corpus Barga, que quería «morir en Madrid», donde nació un día de hace ochenta y ocho años. Uno, de verdad, no lo siente. Será cuestión de que las entidades culturales, empresas editoras, y aun escritores, que aplicaron su vanidad necrofílica al tardío empeño de traerlo, busquen a otro moribundo ilustre y ya inocuo por ese «mundo ancho y ajeno» (*Ciro Alegria*), acogedor de tantas nostalgias españolas. Y de desear que no lo encuentren. Dejemos morir y descansar en paz a quienes en su hora no dimos la oportunidad de vivir y de trabajar en ella. Y allá cada cual de nosotros, en la medida que nos toque, a sufrir de su muerte distante, en la que siempre nos moriremos un poco.

● R. E. DE GOICOECHEA.

## ARTE

# Dualidades de Subirachs

ENTREVISTA  
CON EL ARTISTA (y II)

Sin embargo, Subirachs es un artista que emplea muchos elementos clásicos en su obra, a pesar de que ésta rompe con el concepto «clásico» de escultura. Es una más de las aparentes —y reales— dicotomías del trabajo del escultor catalán.

—Sin duda esta es una de las características fundamentales de mi obra. Aunque me considero un hombre de este tiempo —el arte para ser válido ha de estar de acuerdo con su época— me agradan las cosas del pasado. En mi trabajo existe una admiración por ciertos momentos del pasado; la composición es muy importante, está muy pensada; la simetría es absoluta. Todo ello implica una lógica y una anatomía concreta, lo que proporciona a mi obra un cierto clasicismo. ¿Vivimos los momentos finales de toda una civilización iniciada en Creta? Me siento como el último representante de algo que se acaba: soy el punto final de este proceso.

Para Subirachs este proceso puede durar generaciones enteras. Su punto de partida se centra en la misma obra de arte; hasta nuestro siglo los estilos eran monolíticos, pero ahora coexisten muchos estilos, distintos por completo (Mondrian y Dalí, por dar un ejemplo) y todos ellos representantes de su época. Sólo en épocas de crisis se produce este fenómeno: la vigencia de algo y su contradictorio al unísono. Por esto, el gran deseo del artista catalán es el de que su trabajo tenga un punto de intemporalidad: que pase de ser moda a ser estilo.

## Realidad irreal

Pero las contradicciones aparentes de Josep Maria Subirachs no se detienen en este punto. Una obra muy racional que, sin embargo, encierra una irrealidad total; por construcción distinta, racional en su pla-

# Libros

Dos ejemplos distintos de recuperar la memoria literaria: el trabajo periodístico de Corpus Barga y las novelas del ciclo de Celia, de Elena Fortún, que fueron la lectura infantil de toda una generación de españoles. Por otra parte, una visión lúcida y pesimista del presente, la de la última novela de Günter Grass, que se ha publicado casi simultáneamente en varios países. Y la biografía de un personaje más conocido por la utilización psicoanalítica de su apellido que por su propia vida: Sacher-Masoch.

## Un hombre de palabra

*El articulismo de Corpus Barga, una prolongación de sus memorias*

ANDRÉS TRAPIELLO

### **CORPUS BARGA**

*Entrevistas, semblanzas y crónicas*

Introducción y edición de Arturo Ramoneda.

Pre-Textos.  
Valencia, 1992.  
400 páginas.  
2.998 pesetas.

A Corpus Barga le pidieron en varias ocasiones que escribiera sus memorias. Se sabía que había vivido mucho, en muchas ciudades, con personajes de más y menos. Se las pidió en primer lugar el poeta Paul Éluard, después de la guerra, de la guerra civil española. Corpus vivió los



ña en 1914 para instalarse en París porque no se adaptaba a la vida española. Pudiera ser, pero Corpus volvió. España, para los escritores que quieren lamentarse y llorar, desde Larra hasta el último que llegue, es una bendición; sería difícil encontrarle sustituta. De modo que Corpus volvió, aunque a los pocos años tuvo que irse de nuevo, esta vez con el corazón partido. Lo hizo por la carretera que le llevaba a él, a Antonio Machado y a otros pocos más desventurados a Colliure. De ese viaje queda una vieja fotografía que le hizo a uno la cabeza. Están los

Europa, y cada una en un bando. La primera, con los neutrales; la segunda, la civil, entre los perdedores, y la última, en París, con los que la iban a ganar.

Las memorias, cuando se lo sugirió el poeta francés, se quedaron sin escribir. Las terminó muchos años después, en 1957, cuando ya era director de la Escuela de Periodismo en la Universidad de Lima, donde estaba exiliado. Se conocen por el título del primero de sus tres tomos, *Los pasos contados*, y se publicaron entre 1963 y 1967. Algunos creen que fueron cuatro tomos, pero el último no es sino una de sus primeras novelas reescrita.

Bien porque fuese republicano su autor, bien porque el país no daba para más, el libro, en su género uno de los mejores de la literatura española contemporánea, pasó tan inadvertido que con los restos de la edición se podrían haber hecho las barricadas de una cuarta guerra. Luego, no hace mucho, volvieron a reeditarse, y para la ocasión se desempolvaron unos cuantos incensarios y se volvieron a sepultar los ejemplares en las bodegas oscuras, con el sahumerio. Fue su gran obra, una pirámide enterrada en el desierto.

### Ilustres fracasados

Se conoce que en España tenemos inclinación a conservar una docena de ilustres fracasados, a los que dedicar de vez en cuando crónicas de lamentación. Luego eso se pasa y volvemos todos a lo de siempre, y lo de siempre no es, desde luego, Andrés García de la Barga, nombre que él mismo cambió por el de Corpus Barga, por haber nacido en el día del Corpus, en 1888. Si Corpus fuese todo lo respetado y leído que su obra merece, este articulito mío saldría sobrando y uno, en su modestia, no podría lamentarse de nada, de modo que tendremos que agradecer que la patria siga siendo lo que es.

Corpus dijo que abandonaba Espa-



Corpus Barga.

*Corpus escribía en los periódicos, pero no era periodista. Ésa es una manera segura de que los unos no te admitan en sus trincheras y los otros te echen de las suyas*

Machado, derrotado, se entretiene dibujando con la punta del bastón en el polvo del camino. Se les ve a todos ensimismados. Nadie tiene ganas de hablar. Hasta las ramas desnudas de los árboles guardan silencio.

Después de aquel viaje, Corpus volvió a París. Fue entonces cuando tuvo lugar la sugerencia de Éluard para que fuese a hablar con el editor Louis Aragon. Es de suponer que en la amable negativa de Corpus hubo mucho de modestia. Él era un escritor de artículos, no de libros.

Corpus escribió a lo largo de su larga vida en decenas de periódicos. Miles de páginas.

### La comedia humana

Corpus escribía en los periódicos, pero no era periodista. Ésa es una manera segura de que los unos no te admitan en sus trincheras y los otros te echen de las suyas. Con todo lo que fue, nunca llegó a nada. No era más que un exiliado, un viejo que todo el mundo creía muerto muchos años antes de que muriese, en 1975, y que años después de que muriese todo el mundo creía vivo. Aun hoy, a veces, alguien nos ha dicho: ¿Corpus no vive todavía en América?

Las *Entrevistas, semblanzas y crónicas* que ahora se le publican, en una edición concienzudamente anotada por Arturo Ramoneda, están escritas como sus memorias y no son menos apasionantes. En cierto modo son memorias también. Las memorias de Corpus son su gran novela, y en ellas nos lo da todo.

Al empezar este libro con la visita a la casa estudio de Rodin descubrimos el tono de lo que serán las 350 páginas que siguen: la visión de un hombre que busca la sencillez por el camino más directo: huyendo de la solemnidad. Su búsqueda se centra en la comedia humana, donde la vanidad y el talento crecen juntos. Decenas, cientos de personajes a los que trató, de los que fue

Pasa a la **página 12**

## 12 / LIBROS

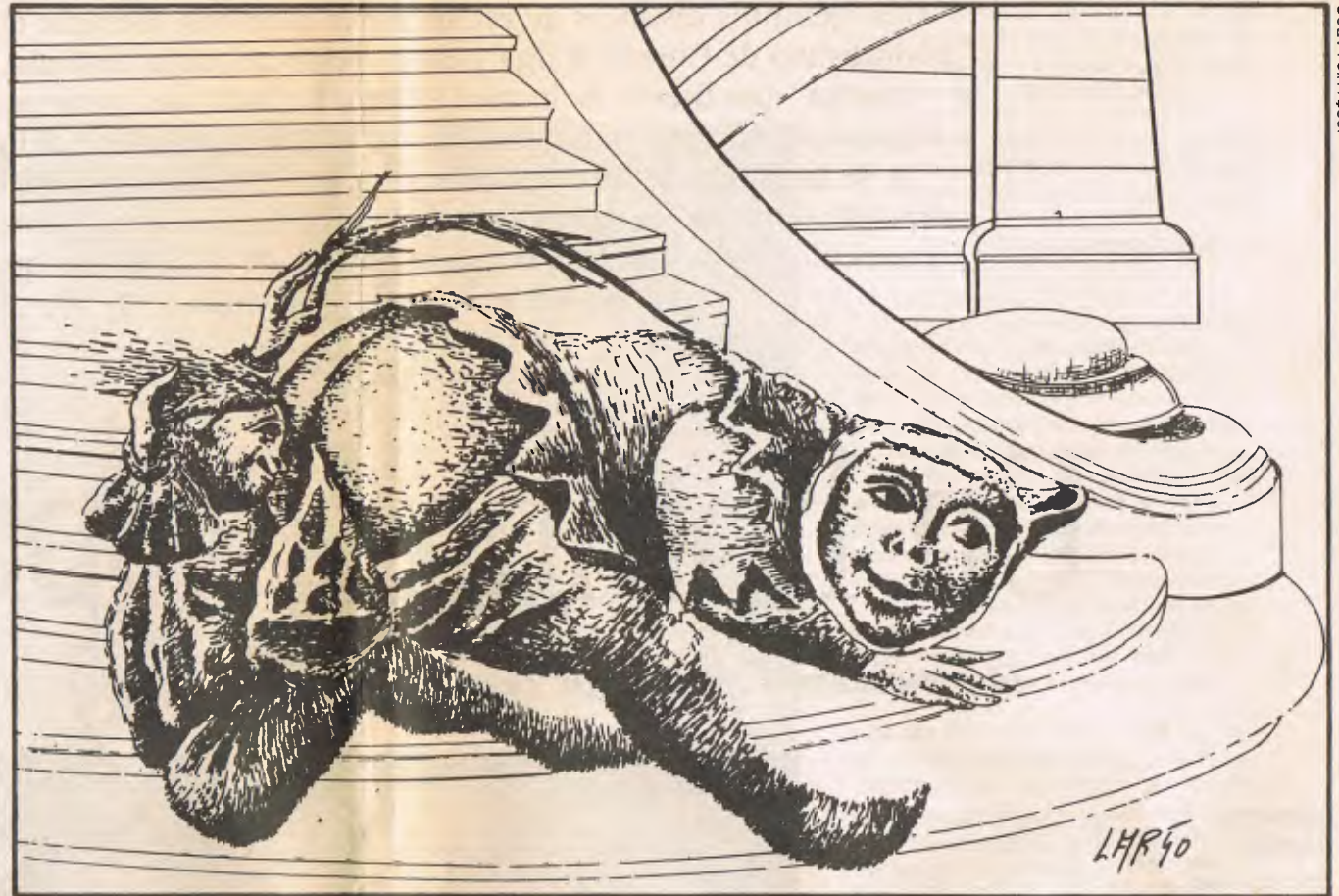
Viene de la página 11 amigo, a los que observó con agudo sentido.

Al primer encuentro con Rodin seguirán otros muchos: Bergson, Monet ya muerto, en su entierro, Paul Morand, el decadentista y algo podrido Barrès, el fantasma de Maïakovski, las sedas canallas de la Colette, las camisas pardas de los primeros nazis, el gabinete de Marcel Proust, Clemenceau, Jacques Rivière...

A muchos los conoció en París. Corpus conoció a todo el mundo. Aquí, allí, en todas partes. No hay figura de esos primeros 40 años que viviese o pasase por París, Roma o Madrid que él no conociera. Políticos, literatos, gentes de la farándula. En eso, pongamos por caso, se le podría comparar con un rey, sólo que eso a los reyes no les sirve de nada, porque ¿de qué le sirvió a Alfonso XIII conocer a tanta gente? Corpus, en cambio, nos ha dejado un reino pequeño, pero ordenado: el de sus memorias, el de estos retratos. Después de muerto, aún quedan flotando los espectros de los hombres que conoció, con los que habló. Parafraseando a un articulista que tampoco fue periodista y que nadie quiere considerar escritor, González Ruano, puede decirse que a Corpus le quedan las palabras, y sobre todo nos queda su palabra.

En Corpus se mezcla todo un poco, porque todo en la vida viene mezclado. Habla, es decir, escribe, a la vieja usanza, sin prisas. O sea, sin limitaciones de espacio.

Sus crónicas se ve que están escritas en tiempos en los que no había ra-



JOSE LUIS LARGO

# El látigo y la zapatilla

con tiempo en un tiempo en el que un escritor podía gastar un folio en describirnos el colodrillo de un orador. Era el tiempo también de los oradores.

### Articulista sutil

Hoy los artículos de Corpus no tendrían fortuna y los jefes de Redacción les cambiarían los títulos y les amputarían de manera salvaje. Eso es lo que más les gusta hacer a los periodistas con los escritores. Cuando los escritores no vienen evaluados. Cuando ya tienen su nombre y no pueden cortarles los artículos ni cambiarles el título, entonces no los leen y dicen con desprecio: se repiten.

No creemos que eso a Corpus le importara gran cosa. Ya lo hemos dicho: era un hombre modesto, y de palabra. Como los hombres cabales. Eso en literatura es lo mismo que decir respetuoso. Corpus lo es incluso con los fenómenos que se ve que no llega a comprender del todo. Fue el caso de *Parade*, el bailable ruso en que reunió la trinidad de Picasso, Cocteau y Satie. Le parecía todo aquello algo egipcio, pero lo aceptaba.

No es, pues, un escritor moderno Corpus. Tampoco es un escritor viejo o pasado de moda. No es más que un articulista modesto y sutil. En España los articulistas lo son todo menos modestos.

En cuanto a la sutileza, bástenos un botón de muestra. Corpus ha ido a Roma a entrevistarse con Mussolini. Éstas son las dos últimas líneas de aquella crónica, que resumen la despedida de ambos. "El coloquio ha sido en francés. Y el Duce, al estrechar la mano, no la aprieta". Todo lo contrario de lo que nos ha ocurrido con este libro.

Al terminarlo hemos sentido la mano grande de Corpus, vieja, huesuda y franca, estrechando la nuestra, y a él, mirándonos a los ojos. Mirándonos en silencio, como suelen mirar los hombres de palabra.

JUAN LUIS PANERO

### BERNARD MICHEL

#### Leopold Sacher-Masoch

Traducción de Mauricio Wacquez.

Editorial Circe. Barcelona, 1992. 411 páginas. 2.460 pesetas.

Las palabras sadismo y masoquismo, que empezaron a utilizarse en psiquiatría y en sexología hace ya muchos años y que actualmente gozan de una dudosa y chabacana popularidad, pretendieron definir las aberraciones, perversiones o diversiones

—como ustedes prefieran— referentes a los comportamientos sexuales. Para simbolizarlas se escogieron los apellidos de dos escritores muy distantes y muy distintos. El uno, un francés aristócrata y libertino, el marqués de Sade, que, además de marqués, era un escritor excepcional, con enormes desigualdades, un tanto repetitivo y con páginas tan aburridas como una guía telefónica, pero que en otras posee un poder de destrucción, de poesía salvaje, de genialidad, en una palabra, que le han situado en un lugar preferente de la literatura francesa junto a Balzac, Flaubert o Proust.

Idolatrado por los surrealistas, llevado al teatro por Peter Weiss, en la inolvidable *Marat-Sade*, fantasma que preside *El cuarteto de Alejandría* de Durrell, protagonista de uno de los mejores poemas de Octavio Paz, *El prisionero*, y rostro inquietante en un retrato imaginario que pintó Man Ray, su poderosa y atormentada sombra atraviesa no sólo la literatura sino también la sádica historia de nuestro siglo.

Por el contrario, Sacher-Masoch (de quien hubo que utilizar la segunda parte de su apellido para designar al vicio, porque Sacher es el nombre de una maravillosa tarta austriaca, de la que soy un adicto) era un escritor irrellevante y mediocre sobre el que en vez de Octavio Paz, podían haber escrito "el caballero audaz" o Felipe Trigo antes de suicidarse. Hijo de un alto cargo

de la policía del imperio austrohúngaro, al parecer desde niño sintió un gran interés por las vidas de los mártires, como aquellos horrendos congregaros marianos con los que compartí mi negra infancia colegial. Pero Sacher-Masoch, en vez de desear ser devorado por los leones en el circo romano, prefirió casarse con una especie de morsa llamada Wanda (su nombre verdadero era Aurora Rümelin) y cuya terrible fotografía figura en este libro.

Si ya en algunos escritos anteriores había empezado a construir lo que su biógrafo llama: "Un verdadero fetichismo de la zapatilla", con Wanda encontró la musa ideal. La mujer a la que se le debe un sometimiento de absoluta esclavitud, a la que hay que besar los pies y las zapatillas continuamente y a cambio recibir un buen número de humillaciones y una buena dosis de latigazos. En esto del látigo, Masoch era muy mirado: "Respeto el látigo, le pido que sea verdadero como el que se emplea con los perros. Entre un esclavo y un perro no hay mucha diferencia".

Además de tener un hijo con la terrible Wanda —un pobre niño que para su suerte murió a los 10 años— Masoch escribió varios textos irrelevantes y otros que hubieran perdido todo su interés si no fuera por la singu-

*Hijo de un alto cargo del imperio austro-húngaro, Sacher-Masoch sintió un gran interés por las vidas de los mártires*

laridad de su autor. De entre ellos destacó y todavía destaca su obra más conocida, *La Venus de las pieles*. Una horrenda novela que compré en París hace muchos años y que pese a todo mi morbo tuve que abandonar en la página 40. Qué terrible mezcla de cursilería, de memez, de mala literatura y de falta de sentido del ridículo.

Después de unos años de ser convenientemente azotado por Wanda y por algunas otras voluntarias, el matrimonio se separó y ella, después de varias peripecias, se instaló en París. Desde allí y sabiendo obviamente que su marido era masoquista, le escribió una carta en que le exigía: "Lo importante es que vengas aquí a situarme". Porque, aparte de fea y gorda, Wanda era rapaz y avariciosa, pero para eso había escogido al marido ideal.

Después de esa relación Sacher-Masoch se volvió a casar con una mujer más tranquila —además supongo que el hombre ya no estaba para tantas palizas— y con ella vivió hasta su muerte en 1895.

La única frase que por su modestia me ha conmovido de esta biografía, es cuando Masoch escribe a su editor y le confiesa: "Mi propuesta es mantener *La Venus de las pieles* pero cambiándola completamente, teniendo en cuenta las críticas objetivas y competentes". Yo dudo que tal libro tenga ninguna solución, pero tal vez "cambiándolo completamente" hubiera conseguido escribir *La metamorfosis*.

Su fotografía de seminarista iluminado y rijoso con la que se abre la sección de ilustraciones de esta biografía, anunciaba ya al pobre personaje que fue. Una vida absurda, una literatura sin grandeza y ni siquiera amena, unas ideas delirantes y al final un apellido que sólo sirve para que numerosos desocupados llamen a un teléfono erótico, buscando a alguien que les dé unos latigazos verbales. En eso Masoch fue más serio, él necesitaba un látigo verdadero y para perros.

## Libros

## La novela de la memoria

Los pasos contados II.  
Una vida española a caballo  
en dos siglos (1887-1957)

CORPUS BARGA

Visor / Comunidad de Madrid  
Madrid, 2002

638 páginas, 25 euros

CON algunos meses de diferencia respecto al primer tomo se edita y se publica ahora el segundo y último de las memorias de Corpus Barga, un monumento del memorialismo español contemporáneo. Compuso Corpus sus memorias entre 1960 y 1973. Si el primer tomo abarcaba los libros *Mi familia*, *El mundo de mi infancia* (1) y *Puerilidades burguesas* (2), el segundo comprende *Las Delicias* (3) y *Los galgos verdugos* (4). Se agrupan en dos tomos, pues, los cuatro volúmenes originarios; el lector tiene ya a su alcance una de las obras maestras de la literatura española del siglo XX, casi mil cien páginas de prosa vívida, palpitante, candeal.

Cummina aquí la destrucción que Corpus lleva a cabo del canon memorialístico tradicional, que se basaba en la relación veraz de una vida por parte de su protagonista. Si ya era general en los dos primeros volúmenes



tuyen incluso a las descripciones, y vemos así al autor proceder por violentas elipsis o metonimias que hacen del espacio y el tiempo materia fácilmente controlable, donde las sombras de la España feudal y de la España cainita se dan la mano. Las cacerías de la liebre, las monturas agónicas, la misteriosa y liberada señorita Barbarroja, sus pasiones y sus desmayos, las solanescas ferias, con su exhibición de monstruos humanos, los repentinos desordenes públicos de la mano del rosario de la aurora –o cosa así–, los misteriosos galgos verdugos del título, que son una especie de este modo denominada, pero que en el discurso narrativo parecen ser algo más, todo crea un mundo real e irreal a la vez: real por la verdad profunda de los datos, irreal por la falta de anclajes en que el texto flota, como esa conversación crítica sobre Galdós que se abre paso en medio de una cacería.

## Intensos diálogos

Los diálogos, los intensos diálogos, son de una fuerza excepcional. Pocos autores han dialogado en la novela española del XX como Corpus, con su naturalidad y verosimilitud artística. El protagonista se refracta en el curso de la narración, no olvida que está haciendo literatura y se vale



su condición narrativa y la conversión del protagonista en un personaje más del relato, con la inevitable novelización que producía el desplazamiento del sujeto memorial de su papel de protagonista al de servir de intersección entre él y su circunstancia (al modo orteguiano), el tercer libro acentúa la fundamentación novelesca, no sólo mediante las larguísimas secuencias de los muy amplios párrafos sino a través de la **sintaxis proustiana y prolia** que se resuelve al cabo en cortantes diálogos.

### Universo contumbrista

*Crónica madrileña de hacia 1906* se subtitula este libro, que rememora con maestría la vida y un vivir madrileños hacia ese año de la boda del Rey Alfonso XIII y el atentado de la calle Mayor. La memoria de Corpus salva datos y detalles valiosísimos de aquel vivir: los prostíbulos; el seguimiento de las mujeres en los tranvías; el hiriente estatus de las solteronas; el mundo de las verbenas; el profesor naturista; la enrevesada iniciación amorosa en el increíble Baño de San Felipe –un baño ambulante–; las historias galdosianas de algunas familias; los carnavales; la vida literaria madrileña, con el protagonismo de los hombres del 98, señaladamente el fabuloso Valle-Inclán, manantial de genio poético y vitalista; las caudalosas conversaciones anarquistas, las inserciones de auténticos ensayos sobre el anarquismo o sobre cualquier otra cuestión

Conforme progresa el libro va cre-

## Un reproche a Galdós

En medio del discurso narrativo de *Los galgos verdugos*, existe una digresión en la que Corpus reprocha a Galdós su claudicación ante la realidad: «Es no decir todo lo que sabe, ni llevar sus propósitos hasta el fin. Galdós, por haberlo visto, o por haberlo oído, de las mejores fuentes, pensando en su obra de novelista, debe ser el hombre que sabe más cosas y cosas más reservadas de la historia de España de nuestro siglo». Una de estas cosas fue sin duda el asesinato del general Prim en la calle del Turco, el 27 de diciembre de 1870, que dejó inerme al nuevo Rey, Amadeo I de Saboya. Baroja le oyó contar al novelista detalles muy precisos sobre el magnicidio, con nombres de personas y circunstancias precisas. El más reciente biógrafo de don Benito, Pedro Ortiz-Armengol, sugiere que en la elusión de los datos por parte de Galdós en 1909, fecha de composición y publicación del episodio *España trágica*, influyó de modo determinante su posición republicana, en la que hubiera disonado la reivindicación de Prim y su monarquismo. - M. G.-P.


ciendo la desenvoltura del autor. El prodigioso ambiente nocturno que lo abre desemboca en un discurso abierto a todo, que rompe la narración cuando es preciso, y la retoma cuando lo desea, sin verse obligado el autor a suministrar demasiadas explicaciones. Es un universo costumbrista el que emerge de estas páginas, pero un costumbrismo trascendido, universal, que hace de Madrid, del Madrid de principios de siglo, un auténtico *theatrum mundi*.

En el cuarto libro, la ruptura con el canon es ya absoluta: *Los galgos verdugos* es una novela, en el sentido fuerte del término. El sujeto memorial regresa a Belalcázar, sombrío pueblo cordobés donde se alzaba la casa solariega de los Barga y lugar lindante con Extremadura. Novela a caballo entre lo real y lo irreal, se abren paso en ella los diálogos cortantes, lacónicos, rápidos, que susti-

de la metaliteratura para no llevar la narración por lugares que no le interesan. Muy cervantino y muy moderno. Y muy novelesco todo; por eso hemos titulado esta reseña con el subtítulo que José Manuel Caballero Bonald utilizó para sus libros de recuerdos, *La novela de la memoria*. La edición se completa con un apéndice que incluye diferentes fragmentos que quedaron desgajados del inconcluso proyecto de *Los pasos contados*, y conciernen, entre otros escritores y figuras, a Silverio Lanza, Azaña, Blasco Ibáñez y Unamuno, Antonio Machado, Valle-Inclán, los Baroja, el Rey Alfonso XIII, etc. El más conocido es el breve pero veraz relato de la salida de España de Antonio Machado cuando concluía la guerra civil.

Sería deseable que la recuperación de esta obra desembocara en la edición crítica que exige y se merece. Corpus puntuaba a veces de modo irregular y no siempre correcto, da la impresión de que a veces existen elusiones no deseadas, lecturas problemáticas, etc.

Miguel García-Posada

	<p>W. G. SEBALD <i>Austerlitz</i> "Sebald es el Joyce del siglo XXI" (Russell Celyn, The Times)</p>	<p>H. M. ENZENSBERGER <i>Los elixires de la ciencia</i> Premio Príncipe de Asturias Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid</p>
ANAGRAMA		

## Reunidas en un libro las crónicas de Corpus Barga sobre la Italia fascista

ABC

7-9-03  
SEVILLA. Las crónicas que el escritor Corpus Barga (Madrid, 1887-Lima, 1975) publicó en periódicos de Madrid entre 1920 y 1935, que incluyen una entrevista con Benito Mussolini y reflejan la liquidación del sistema parlamentario por el ascenso del fascismo, han sido recogidas por primera vez en libro.

«Viajes por el Italia» es el título con el que el Arturo Ramoneda ha agrupado estas crónicas para la editorial sevillana Renacimiento, que las ha incluido en su Biblioteca de Rescate y que se inician con una crónica de un viaje en el legendario Oriente Express, entre Milán y Venecia, en 1920.

Corpus Barga fue uno de los escritores españoles más viajeros de su época, entrevistó a los grandes hombres de su tiempo y su obra es una demostración de la convivencia entre periodismo y literatura, hasta el punto de que estas crónicas fueron elogiadas por Juan Ramón Jiménez y Ramón Gaya, que se declaraban sus asiduos lectores.

Fue amigo de Valle-Inclán, Baroja, Gómez de la Serna y Gutiérrez Solana y, sólo en una de las fiestas a que fue invitado en París por la princesa de Polignac, y que reseñó para la prensa madrileña, habló con Valery, Stravinski, Picasso, Falla y José María Sert, mientras que en 1930 viajó a Sevilla para embarcarse en el Graf Zeppelin para cubrir el viaje hasta Buenos Aires.

### **Periodismo y literatura**

En las crónicas reunidas en «Viajes por Italia», algunas con títulos tan sugerentes como «Venecia, inundada», se ocupa tanto de la política como de la cultura y establece constantes paralelismos con España, como en las tituladas «Mussolini y Lerroux» o «Valle-Inclán y D'Annunzio», mientras que en otras imprime carácter sociológico o aire costumbrista, como en «En qué se parecen Roma y Madrid».

Las crónicas de Corpus Barga oscilan entre los acontecimientos históricos y la vida cotidiana en ciudades como Milán o Roma o reflejan detalles de la vida literaria o artística de Italia o aprovechan la falta de ópera en Milán para expresar sus reflexiones sobre el todavía incipiente cinematógrafo y su posible trascendencia artística.

Aunque cronista escrupuloso que trata de buscar la perspectiva idónea para reflejar lo que observa -«todo hombre respetuoso ante una obra de arte, lo primero que se pregunta es qué plano debe colocarse para contemplarla»-, también impregna sus crónicas de la visión que otros escritores dejaron de Italia, sobre todo Stendhal.